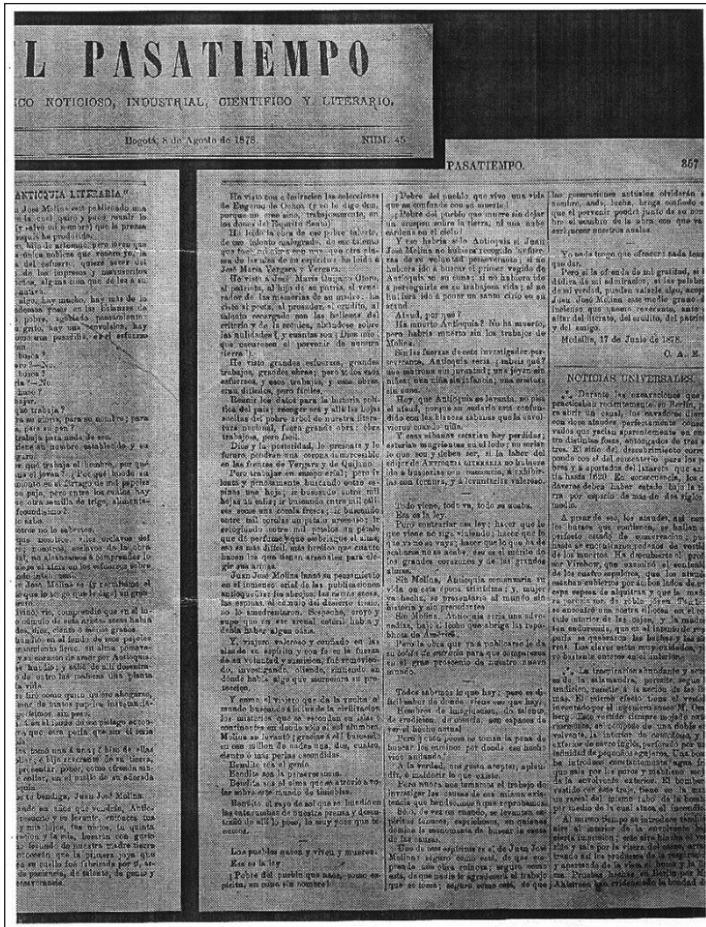


Juan José Molina y su Antioquia literaria (1878)

El Pasatiempo. Periódico noticioso, industrial, científico y literario, n.º 45. Bogotá, 8 de agosto de 1878



Resena de Claudia Arcila Rojas*
Universidad de Medellín

Doctora en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana. Profesora de tiempo de completo e investigadora del Departamento de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Medellín. Docente invitada en la Maestría en Educación de la Universidad de Antioquia. Correo electrónico: claudiarbol@gmail.com

La narrativa que nos convoca a un reencuentro con el pasado sirve de testamento y testimonio de lo que la vida es en tanto sucesión de momentos que hacen del ahora un antes de profunda implicación con el espacio que habitamos. El tiempo se entraña en el espacio alterando su textura, otorgándole contenido a sus líneas y giros; el tiempo esculpe el espacio cual obra en construcción de una historia. Pero este tiempo, estéticamente tatuado sobre la piel del espacio, pertenece al dominio de la memoria; es el tiempo de los recuerdos que superan la superficialidad de la juventud, su dramático estado de confusión e incertidumbre; es el tiempo que descifra los artificios del laberinto; es el hilo que se pliega a todas las formas que distancian de la profundidad para poder descubrir su tesoro sin perecer en la oscuridad que lo protege; es el tiempo que no perezca ante la provocación del dilema; es el tiempo del pensamiento en melodía, del canto remoto, de la voz que no se silencia, aunque sean rudos y continuos los ataques del olvido.

Pero este tiempo insurrecto de la impunidad es, sin duda, el lenguaje de un espacio sublevado; es el tiempo de las intenciones y las acciones que no conciliaron con el silencio; es el tiempo de una voluntad humana inspirada por la belleza para desatender las tentativas de la arrogancia y la injusticia; es el tiempo del arte en su génesis política. Es el tiempo del espacio donde nos hacemos obra de una nueva realidad dentro del mundo.

La Antioquia narrada por este tiempo es la expresión del espíritu literario. Una Antioquia antecedida por las fustas de la religión y las gestas libertarias; tierra de un pueblo golpeado por las ambiciones españolas, por las pretensiones latifundistas, por la arrogancia elitista, por la sombra santanderista que hacía suya la exclusividad del bienestar con el requerimiento de la codicia, la manipulación y el engaño.

Este tiempo literario cuenta el espacio estético del lenguaje dispuesto a retornar a los episodios subterráneos de la vida para ver “la otra cara de la vida misma, en el trasfondo de la representación trágica” (Kerényi, 2011, p. 229), es el tiempo de la diversidad de voces que expresan el dilema humano en el cual se convoca al desdibujamiento del espacio, de los cuerpos y de los rostros que encuentran en el legado estético la expresión de la miseria, del abandono, del exceso, de la perdición y de las apariencias. Cada personaje y cada escena literaria es un evento semántico donde la presencia de lo lúgubre responde a la impotencia y a la resignación frente a la vida en sus más severas calamidades; en sus más extremas sensaciones ante lo que parece ser la estrechez de las posibilidades, la renuencia de las respuestas y la negación de otra alternativa que no sea la desolación y la melancolía. Por ello, el reencuentro con el pasado que se cuenta a través de la literatura es un ejemplo para Insistir y no desistir hasta que la vida vuelva a triunfar en el compromiso de la palabra.

En este aliento narrativo, mantenerse en el movimiento de la escritura es construir una antología del lenguaje que supera las leyes y las mismas fuentes subterráneas; un lenguaje para salvarnos de la ferocidad con la cual el mundo convoca y provoca al espectáculo de las apariencias, y así, arriesgar la certeza de que existe un camino como trayecto lineal de lo que se pretende alcanzar; desprenderse de todas las cadenas que precisan un lugar de llegada o un espacio de permanencia; superarse individualmente para sentirse en el campo de batalla de lo humano, lo cual implica liberarse de lo establecido para obedecer al impulso de la belleza en tanto sentimiento de manifestación del amor. Y este es el sentimiento que movió a Juan José Molina a reconstruir el paisaje de *Antioquia literaria* en una ardua tarea de búsqueda con el tiempo y sus huellas sobre el espacio.

En una reseña a *Antioquia literaria, el periódico noticioso, industrial, científico y literario "El Pasatiempo"*, en una publicación del 8 de agosto de 1878, exalta el honroso trabajo de Juan José Molina en una expresividad poética que logra engrandecer la historia de un pueblo campesino que encontró en las letras el territorio para el cultivo de la memoria. La dedicación y esmero son las virtudes que se destacan de la labor de un hombre que fue capaz de

[...] ir lenta y penosamente buscando entre espinas una hoja; ir buscando entre mil hojas un cáliz; ir buscando entre mil cálices secos una corola fresca; ir buscando entre mil corolas un pétalo aromoso; ir escogiendo entre mil pétalos un pétalo que dé perfume y que embriague el alma (*El Pasatiempo*, n.º 45, 1878, p. 367).

Con este elogio al esfuerzo y a la exquisitez de los detalles, *Antioquia literaria* es expuesta como una obra que reúne los elementos más sublimes para alimentar los sentidos del lector que recorre con toda su sensibilidad el paisaje de narraciones e imágenes que muestran el cuerpo de un pueblo levantándose en medio de las turbulencias para contemplar la belleza:

Juan José Molina lanzó su pensamiento en el inmenso erial de las publicaciones antioqueñas: los abrojos, las ramas secas, las espinas, el cúmulo del desierto triste, no lo amedrentaron. Sospechó, creyó y supo que en ese arenal estéril había y debía haber algún oasis (*El Pasatiempo*, n.º 45, 1878, p. 367).

Y es que la belleza no se restringe a ser un destello de satisfacción sensorial es, ante todo, una lucha en medio de las adversidades, una fuerza irresistible por hacer prevalecer la vida y la dignidad ante lo trivial, aparential y efímero; es el riesgo de caer en la oscuridad para descubrir la grandeza de lo profundo; su esplendor forjado justamente, en la dificultad de ser hallado:

Y, viajero, valeroso y confiado en las alas de su espíritu y con fe en la fuerza de su voluntad y sumisión, fue removiendo, investigando, oliendo, sintiendo en dónde había algo que mereciera su protección. Y como el viajero que da la vuelta al mundo buscando a la luz de la civilización los misterios que se esconden en islas o continentes en donde

solo el sol alumbraba, Molina se levantó igracias a él! buscando en ese millón de nadas una, dos, cuatro, ciento o más perlas escondidas (*El Pasatiempo*, n.º 45, 1878, p. 367).

Ese hallazgo, efecto de la genialidad, la perseverancia y el riesgo, es la im-pronta de un carácter inconforme que se atreve a desafiar todas las reglas; es el distintivo de quien no está satisfecho con la linealidad de los eventos; es el que está dispuesto a romper para poder tejer con los auténticos hilos de la historia, de los hechos, de las situaciones y los sentimientos que le otorgan nombre a un pueblo, palabras para narrar sus dramas y hazañas, los nombres que nacen del hecho de haber vivido y donarle significado a la vida:

Bendito sea el genio. Bendita sea la perseverancia. Bendita sea el alma que se atrevió a volar sobre este mundo de tinieblas. Bendito el rayo de sol que se hundió en las catatumbas de nuestra prensa y desentrañó de allí lo poco, lo muy poco que tenemos (*El Pasatiempo*, n.º 45, 1878, p. 367).

Desentrañar como un dar a luz es la metáfora del nacimiento acompasado por los gemidos del amor y la agonía. Es la metáfora para delinear la imagen de un hombre encarnado en el pueblo para defender su memoria; para ampararlo de las muertes que produce el olvido; no dejar ausente a esa Antioquia con su tiempo de experiencia, de líneas, bifurcaciones y arrugas contando la sabiduría de la tierra que tiene forma de alimento y de montaña; de ese espacio vinculado a la geografía colombiana y a su extensa narrativa de memorias y acontecimientos en los que están inscritas las experiencias de los seres humanos; sus vidas y trabajos:

Los pueblos, nacen y viven y mueren.

Esa es la ley.

¡Pobre del pueblo que nace, como espíritu en cuna sin nombre!

¡Pobre del pueblo que vive una vida que se confunde con su muerte!

*¡Pobre del pueblo que muere sin dejar un crespón sobre la tierra ni una nube cárdena en el cielo! Y eso habría sido Antioquia si Juan José Molina no hubiera recogido las fuerzas de su voluntad perseverante; si no hubiera ido a buscar el primer vagido de Antioquia sin su cuna; si no hubiera ido a perseguirla en su trabajosa vida; si no hubiera ido a poner un santo cirio en su ataúd (*El Pasatiempo*, n.º 45, 1878, p. 367).*

La literatura, entonces, como cuerpo testimonial de la vida, es parte del cuerpo humano que vibra y declina sin sucumbir en las sombras del olvido; es dinamismo de la memoria de sus gentos y de sus acontecimientos; es vasija de las palabras que nos permiten comprender el presente desde su diálogo abierto y sentido con el pasado; es la puerta al horizonte de reencuentro con los ancestros, con sus rostros, sus lágrimas, sus gestos de amor y de esperanza; es el desaire a la muerte como categórico de lo finito:

¿Ataúd, por qué?

¿Ha muerto Antioquia?

No ha muerto, pero habría muerto sin los trabajos de Molina.

Sin las fuerzas de este investigador perseverante, Antioquia sería ¿sabéis qué? Una matrona sin juventud; una joven sin niñez; una niña sin infancia; una criatura sin cuna.

Hoy, que Antioquia se levanta, no pisa el ataúd, porque su sudario está confundido con las blancas sábanas que la envolvieron cuando niña

Y esas sábanas estarían hoy perdidas; estarían mugrientas en el lodo; no serían lo que son y deben ser, si la labor del editor de ANTIOQUIA LITERARIA no hubiera ido a buscarlas con paciencia, a exhibirlas con ternura, y a levantarlas valeroso (*El Pasatiempo*, n.º 45, 1878, p. 367).

Este derecho a tener un pasado es también el derecho a tener un referente estético donde la intimidad literaria y su desnudamiento a la mirada no pretenden un lugar publicitario o de urgencia de reconocimiento. Es tan solo el derecho a no perecer en las lógicas de una cultura líquida, de un trasegar sin las huellas de caminos veredales, de cordilleras escabrosas, de atajos insólitos; de carriles oxidados; trasegar sin desconocer el origen ni las rutas que nos permiten visitarlo:

Todo viene, todo va, todo se acaba.

Esa es la ley.

Pero contrariar esa ley; hacer que lo que viene no siga viniendo; hacer que lo que va no se vaya; hacer que lo que ha de acabarse no se acabe, ese el mérito de los grandes corazones y de las grandes almas.

Sin Molina, Antioquia comenzaría su vida en esta época tristísima; y, mujer ya hecha, se presentaría al mundo sin historia y sin precedentes.

Sin Molina, Antioquia sería una advenediza, bajo el lecho que abriga las repúblicas de América (*El Pasatiempo*, n.º 45, 1878, p. 367).

La grandeza de alma y corazón de Juan José Molina es el sentido solemne y elocuente de esta reseña que se manifiesta contra la indiferencia y el olvido; es la expresión optimista de quien encuentra en la literatura las entrañas de los capítulos de nuestra historia como pueblo del campo, como pueblo que camina el espacio de la sencillez con sus tiempos de lucha. Un pueblo que, gracias a la literatura, puede saber el origen de lo que tiene:

Todos sabemos lo que hay; pero es difícil saber de dónde viene eso que hay.

Hombres de imaginación, de talento, de erudición, de ciencia, son capaces de ver el hecho actual.

Pero ¡cuán pocos se toman la pena de buscar los caminos por donde ese hecho vino andando!

A la verdad, nos gusta aceptar, aplaudir o maldecir lo que existe.

Pero nunca nos tomamos el trabajo de investigar las causas de esa misma existencia que bendecimos o que reprobamos.

Solo, de vez en cuando, se levantan espíritus tenaces, caprichosos en quienes domina la monomanía de buscar la causa de las causas.

Uno de esos espíritus es el de Juan José Molina: seguro como está, de que emprende una obra ruinoso; seguro como está, de que nadie le agradecerá el trabajo que se toma; seguro como está, de que las generaciones actuales olvidarán su nombre, anda, lucha, brega, confiado en que el provenir pondrá junto a su nombre el nombre de la obra con que va a enriquecer nuestros anales (*El Pasatiempo*, n.º 45, 1878, p. 367).

Ser conscientes de lo que somos desde la huella de lo que hemos sido nos hace también conscientes de lo que podemos llegar a ser; de lo que podemos resignificar a la luz de una memoria que también es abrazo con el futuro; que también es construcción del tiempo desde los tiempos que se hacen narración a través de la literatura. Antioquia es un texto es escritura de las vivencias de sus gentes; es una obra dentro de la escena de un país que se recuerda a través de sus literatos y poetas; un país donde las palabras son espejo del dolor y la esperanza; un país hacia un nuevo capítulo de la belleza que aún no ha sido contada.

Referencia bibliográfica

Kerényi, K. (2011). *Dionisios. Raíz de la vida indestructible*. Barcelona: Herder.

Molina, J. J. (1878). *Antioquia literaria*. Medellín: Colección de Autores Antioqueños.